

EDITORIAL

LA METAMORFOSIS DEL MEDICO COSTARRICENSE

Los que hemos estudiado esta profesión con el afán de servir a la humanidad, con el ansia de tener una posición distinguida, no privilegiada, nos sentimos muy ufanos de haber alcanzado esa meta. Es una lástima que muchos jóvenes se hayan enrolado en las filas de la medicina con intenciones bastardas y no con el deseo sincero de servir al prójimo. Cuando estos muchachos con ilusiones equivocadas afrontan la triste realidad, se tornan profesionales desubicados, y hasta los hay amargados, al darse cuenta de que la medicina es un verdadero sacerdocio. Estos médicos con falta de inspiración para una labor idealista no tienen la madera de sacrificio, esperan una mejor retribución material pero sin tanta sensibilidad social, la enfermedad y la pobreza, que muy a menudo van juntas, imponen entrega absoluta y mucha voluntad para paliar la miseria humana que invade al desvalido.

La Seguridad Social ha reclutado un porcentaje muy alto de nosotros los médicos y la demanda tan grande de los múltiples servicios médicos de todo el país, nos ha convertido en asalariados burócratas. A su vez la población que vive de un sueldo en territorio nacional, es muy grande. Por ley pertenecen a la Caja Costarricense de Seguro Social. El asegurado abusa en exceso de las prestaciones médicas, a veces, sin realmente necesitarlas. Desde luego, esta condición hace que tanto las clínicas como los hospitales estén saturados de pacientes. Se malgastan los presupuestos que deberían ser para el que realmente los merece por su condición de enfermo. La monstruosidad de demandas de servicios, hace que la millonaria Institución, no pueda cubrir con desahogo presupuestario las verdaderas exigencias de los asegurados. La medicina privada hace varios años que está de capa caída. El costo de los servicios médicos, de los exámenes y de las medicinas, hacen que el ciudadano costarricense no se encuentre en capacidad de afrontar esos gastos, además de las cuotas del Seguro Social.

Esta situación que palpamos día a día los funcionarios de la Caja ha deteriorado la medicina y al profesional médico de Costa Rica. El médico ya no tiene (con marcadas excepciones) la logística que lo inspiraba en el pasado. Tiene aseguradas sus ocho a doce horas de salario; no muy bien pagado, pero seguro al fin... Brinda sus servicios con desgano, pues al tener asegurado su sueldo, no tiene interés de lucha, de mejorarse lo suficiente: en cuanto a preparación, en cuanto a un digno ascenso, en cuanto a estudiar lo suficiente, en cuanto a escribir trabajos científicos, etc.

A ese médico no le interesa congraciarse con el paciente, ni con la comunidad, pues ha perdido sus aspiraciones de ser líder y de que el pueblo sienta gran simpatía por su devota profesión. Viste mal y no le preocupa resaltar su personalidad.

Una de las satisfacciones más grandes del profesional médico es la de sentirse adulado por el humilde paciente, así como por el opulento, caído en desgracia patológica. El enfermo se siente discapacitado por su mal, en el momento de mejorar o salir de su situación precaria, entrega toda su confianza y cariño, a quien, con amor y espíritu de

servicio le ha tendido la mano. Esa reacción humana que nace del corazón, es la mejor paga o retribución que el ser humano puede recibir. Desde luego, esa imagen del médico tiende a desaparecer. Al galeno actual ya no le interesa cultivar la responsabilidad ni hacerse acreedor de esa alta estima, el trato bucratizado y frío, lo ha metido dentro de otro orden de ganarse la vida.

La entrega del profesional médico debe de salir de su propio ser, si uno no tiene la vocación, ésta se puede ir cultivando. No esperar siempre satisfacciones pues parte del ejercicio profesional tiene sus sinsabores; nuestra obligación es prodigar buen servicio y con buena voluntad. Los premios del alma y del espíritu del doliente, nos ennoblecen y nos hacen disimular los pormenores del comportamiento humano.

Afortunadamente, en nuestro pueblo noble, las demandas médicas de gente oportunista, en que miran al médico como un enemigo, no son tantas, como en los países de Norte América. Los prejuicios malévolos contra las instituciones médicas y contra el propio médico ya se dejan sentir con más frecuencia.

El trato con menosprecio, los servicios de consulta poco eficientes y sin calidad humana, van indisponiendo a los solicitantes y llega el momento en que no se perdonan faltas contra la salud de sus seres queridos. Nacen rencores y reacciones poco edificantes. No hay duda que hay que mejorar nuestra actitud grosera hacia el doliente enfermo, caso contrario, con sobrada razón, nos veremos envueltos, en demandas crecientes, que prosperarán en contra de los médicos y las instituciones médicas. Sí, es triste y lastimoso sentirse dentro de una situación judicial, cuando el médico ha dado calidad, calor humano, y las cosas, por razones del destino, no han salido con el éxito deseado.

El valor del médico no se debería medir, únicamente por sus conocimientos o por su posición alta que ocupa, sino por su responsabilidad ante el prójimo y su dedicación al enfermo. El sistema médico en que ha crecido el médico moderno tiene que ver mucho con la pérdida de ese sentimiento poco motivado.

El médico, procediendo con esta personalidad "SUI GENERIS" y producto: de nuestras instituciones médicas, de nuestros medios de formación, del deterioro de valores que está sufriendo el país, su comportamiento no es nada edificante. Su aporte profesional ha sido destronado y la sociedad lo ha mancillado por su actitud negativa ante el dolor humano.

Conocemos de un pequeño grupo selecto de médicos, que aunque los nubarrones sean muy negros, siempre tendrá su categoría de "un señor". Se distingue en todas las esferas de la profesión. Es encomiable y digno de confianza, estos verdaderos profesionales que pasando todos los días por el lodo de una carrera tan vilipendiada, llevan su frente en alto y se destacan dentro del montón de frustrados. Los domina el honor, la moral y el prestigio del rango que ostentan. Para ellos mi más profundo respeto y mi eterna admiración.

Dr. Manuel Zeledón Pérez.

*Profesor Emérito de la Escuela
de Medicina U.C.R.*